



NARRAR MIEDO MEDIANTE
LA ARQUITECTURA

ELOY MÉNDEZ SAINZ, INSTITUTO DE
CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
"ALFONSO VÉLEZ PLIEGO"

MELENDEZ.SAINZ@GMAIL.COM



NARRAR MIEDO MEDIANTE LA ARQUITECTURA

La arquitectura del siglo XXI es más flexible que las precedentes. Al configurarse, desvanece su materialidad a la vez que no prescinde de pesadez formal. Tal condición se expresa visualmente en términos alegóricos, cuyas referencias a la fortificación intentan cristalizar el imaginario de la vida segura en respuesta a la narrativa del miedo. Es, en apariencia, congruente el empleo de dispositivos que a la vista hacen indudable la protección, reproduciendo la ambivalencia de la relación del miedo con la seguridad posiblemente conseguida.

Para ilustrar lo anterior puede recordarse la anécdota registrada por Montaigne en 1580, recientemente recordada por Delumeau, sobre la fortificada Augsburgo. Aquel escritor relató que esta ciudad de sesenta mil habitantes contaba con un complejo y sofisticado sistema defensivo, contando con reiteradas evidencias imbatibles que confirmaban su indudable inaccesibilidad por las tropas enemigas que le asediaban. Asombrado, Montaigne descubrió la falsedad del artilugio, tan sólo destinado a parecer lo que en realidad no era: disimulaba la real vulnerabilidad del lugar. Los visibles recursos de seguridad de Augsburgo jugaban un papel alegórico; re-presentaban una seguridad ausente; con ellos se conseguía ser lo que sólo parecía ser.

La relación entre la cosa y su imagen es alegórica cuando esta asegura un cierto significado de aquella, sólo uno e indiscutible; la cosa no queda abierta a múltiples interpretaciones. Claro, la conexión entre la cosa y su significado único es entendida y convenida socialmente, siendo -por ejemplo- el modo en que Dante veía verdades ocultas tras los bellos y ficticios textos teológicos. Estos no han

de interpretarse literalmente, sino de acuerdo al significado oculto y convenido de las palabras.

Sobre esta base, con antecedentes bíblicos y homéricos, desde el medioevo se ha codificado en la pintura y escultura la relación alegórica entre figuras y significados. De manera que la imagen del león connota valentía, poder, mientras la gallina representa inconstancia o el perro lealtad, abundando en el zoomorfismo de los atributos, lo mismo que encarnados en dioses del Olimpo, nada ajenos en ello a los dioses mesoamericanos.

En arquitectura, las diferentes culturas han representado mediante tipos y géneros las diferentes funciones y valores más o menos cambiantes en largos periodos, por lo que se les configura en consecuencia. Así se ha aprendido a distinguir los templos, los palacios, las casas, los monumentos celebratorios o los torreones militares, las fortificaciones, plazas, calles, hospitales, escuelas, cárceles y campos de concentración o exterminio. Los atributos han sido adheridos de tal manera a espacios y edificaciones que, mientras unos despiertan emociones de culto adoratorio, otros inspiran rechazo asociado al horror. Las cosas encarnan los cuerpos y relaciones sociales; les espejean, extienden y anclan en permanencias, es decir, las cosas significan según el rol asignado en la narrativa que les ha dado origen, de la cual reproducen y retienen los relatos, las historias que les constituyen.

Los emplazamientos urbanos, las interrelaciones en el territorio construido, las fachadas singulares de cada época cristalizan realidades. Durante siglos, las

fachadas del culto religioso latinoamericano dieron cuerpo a la retórica dominante colonial, dando lugar a la permanencia de un género edilicio emblemático, permeando la totalidad del territorio en pueblos, ciudades y toda suerte de asentamiento humano. En particular, en México abundan ahora los testimonios de aquel imaginario dominante, enseguida reformulados por las sucesivas liberaciones de independencia, reforma y revolución a la vez que se ha introducido el código figurativo neocolonial.

En el siglo XXI, la colonialidad se vehicula profusamente en la virtualidad sin descartar la materialidad de las arquitecturas. El paisaje urbano emergente es de vecindarios defensivos articulados por vías rápidas y crecientes periferias populares difusas propias de las urbanizaciones polarizadas neoliberales. Con ironía involuntaria se retoma en modo heráldico la figura del león protector, al tiempo que la denominación edénica o historicista o relativa a la fortificación de fraccionamientos habitacionales, cuyos dispositivos para representar apariencias comunican el miedo prevaleciente antes que conseguir seguridad o cohesión de club, si acaso logrando homogeneidad socioeconómica en los vecindarios aspirantes a la posesión simbólica de la distinción. El espacio físico no consigue ser arquitectura, lugar habitable, es sólo mera representación fallida.

En este contexto, el modelo ideal de espacio a ocupar es la isla, el territorio aislado autoprotegido -Dubai, aislado por agua y arena, expendio de islas artificiales-, ubicado entre Utopía y Alcatraz. El sueño arquitectónico es la casa de cristal, cuerpo sin sombra, carente de opacidad, transparencia absoluta. La solución se preserva en el imaginario. La mayor aproximación de elite es el paisaje de picos de rascacielos cimentados en las dunas orientales, cuyo suelo son las nubes y el horizonte es infinito en todas direcciones; es el mundo

inhabitable en el tope de las fortunas, burbujas inhóspitas.

Mientras tanto, a ras de suelo, la autoprotección de masas se resguarda en la simulación. La segregación elegida al interior de muros tan sólo separa, visualmente, a quienes pretenden el disfrute de beneficios de aglomeración de quienes fueron excluidos desde antes, pero se les recuerda en la vida cotidiana con evidencia cómplice que oculta, premia y propicia la impunidad de la desmemoria.

La casa en el fraccionamiento defensivo simboliza el éxito personal. Ubica y separa. El conjunto habitacional agrupa individuos cuyo hilo de relación cohesiva es la similitud en la capacidad adquisitiva, que, por definición, no se comparte, lo mismo que el espacio colectivo no es un bien común, sino vecindad competitiva que pasa de la exclusión amurallada a la simbólica y no menos sensible en el interior sólo en apariencia compartido. El distanciamiento fácil respecto al “otro” externo se consigue en la rápida operación comercial, pero distinguirse del vecino requiere del más o menos prolongado periodo de la vecindad adquirida, que las familias de las clases medias aspiran a eliminar cuanto antes en la expectativa del ascenso social. Mientras tanto, la atmósfera vecinal se densifica en el interminable proceso de autoexclusión y competencia ilimitada en términos territoriales. El vecindario autosegregado se relaciona con la compleja entidad urbana que le produce -de la cual intenta extraer los mayores beneficios en competencia con sus símiles-, al tiempo que en su interior se compite individualmente por obtener al menos la parte equitativa que le corresponde en el colectivo, una parte con frecuencia imposible de medir por ubicarse en el ámbito de las relaciones intersubjetivas. Del mismo modo, cada vecindario y todo segmento del territorio pugna por la obtención de las mejores condiciones posibles de habitabilidad en el marco de las relaciones establecidas y cambiantes.

Son relaciones de diferenciación y coexistencia a la vez. El vecindario se instala en una fracción de suelo sometida a procesos de apropiación que definen su especificidad en el aquí, echando mano de recursos manifiestos en el diseño del lugar prometido y aspirado, dando por hecho la existencia de una supuesta comunidad, que no es otra cosa que la adyacencia de parcelas privadas. El punto de partida es la seguridad otorgada por la adquisición del predio y la construcción que en él se realiza, así como la porción de servicios, equipamiento y relaciones correspondientes que le incluyen en la totalidad social urbana. Desde y en torno al habitáculo en proceso de realización se teje el sistema de dispositivos de seguridad que hacen lugar en el que es imprescindible la confianza individual y vecinal.

Para hacer legibles los vecindarios defensivos, las empresas que los producen suelen tematizarlos; diseñan todos los elementos componentes de acuerdo a un reducido y reiterativo repertorio de formas y colores. Es el recurso de identificación y diferenciación. Es relativa, porque el abanico temático es reducido, limitado por la moda. La diferencia se establece más bien por el estatus económico, conseguido mediante la compra del tinglado de la distinción.

Siendo el paisaje urbano un segmento del horizonte continuo, ahora una gran franja ofrece la vista segmentada de segmentos adyacentes. Es el efecto frontera, grupos sociales contenidos en murallas de acceso controlado, largos tramos de calles solitarias flanqueadas por muros contenedores de fachadas traseras. Claro, esta no-ciudad, producto mercantil, se justifica en la supuesta autoprotección ante la ciudad “otra”, de las masas populares.

Desde el momento en que el diseño de la cosa se refiere a sí misma (la casa segura se diseña según el

modelo imaginado y socialmente convenido como casa segura; forma y contenido tienen conexión directa irrenunciable), no hay margen para opciones imaginarias fuera del significado único; no hay libertad real en el diseño. En otras palabras, la casa no es casa, es sólo representación de casa.

Aunque el mercado inmobiliario contagia de su lógica a la ciudadanía, la casa no desaparece. En las colonias y barrios populares la casa es tarea de construcción, apropiación y resistencia cotidiana identificada con el arraigo. En los vecindarios defensivos de clases medias, son la creación de la casa real es labor de colonización y refiguración cotidianas de lo privatizado.

O sea, las prácticas sociales de encuentro y ocupación de la casa es sólo el inicio de un interminable proceso de rediseño y reconstrucción del espacio físico, así como de recreación cambiante de las relaciones vecinales, un tejido fundamental en la construcción de confianza que trasciende el miedo para narrar lugar, prescindiendo al fin de los dispositivos defensivos de la clausura.